

vimiento toda la naturaleza: que Dios hubiera podido inmediatamente y por sí mismo, sin padre ni madre, dar origen á todos los hombres, como sin padre ni madre dió origen al primer hombre; en una palabra que, si Dios estableció que estos mismos efectos que produjo, de un modo inmediato la primera vez, como *Causa primera*, fuesen, en lo sucesivo, producidos por las *causas segundas*, no lo obligó la necesidad, sino lo indujo á ello su bondad, afin, dice Santo Tomás, de hacer partícipes á las criaturas, de la gran condicion, del gran privilegio de ser *CAUSA*; si bien, en realidad, como dice San Ambrosio, de Dios solo recibió todo lo existente el ser y sus funciones, y á la voluntad de Dios deben el cielo y la tierra no solo su materia y subsistencia, sino tambien su belleza, su órden, sus movimientos (1).

Esta misma doctrina profesa David, cuando dice: « Por la palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el Espíritu de su boca se formó todo su concierto y belleza: *Verbo Domini celi firmati sunt; et spiritu oris ejus omnis virtus eorum.* » (Psal. xxxii.) ¡Oh! ¡cómo rebosa esta palabra de sentido y de verdadera filosofía! Desde luego observamos que se trata de Dios y de su Verbo, *Verbo Domini*; é igualmente del Espíritu Santo como procedente de uno y otro: *Et spiritu oris ejus*. Nueva prueba de que el augusto misterio de la Trinidad fue revelado, conocido, anunciado al mundo en términos claros, muchos siglos, antes de la predicacion cristiana. Pero prescindamos del dogma teológico, para detenernos un instante en el dogma filosófico de esa gran palabra.

Esta misma palabra es un comentario abreviado del dogma de la creacion: pues nos indica que las cosas criadas se fundan en la materia, con la cual formó Dios el cielo y la tierra; pero que esta misma materia del cielo y de la tierra reconoce su base en la palabra omnipotente de Dios: *Verbo Domini celi firmati sunt*. Al mismo tiempo nos dice que la materia que sacó Dios de la nada, no posee ninguna calidad esencial, que sacó Dios de la nada, que nada es, que nada vale, que na-

(1) « Voluntati igitur Dei stat in se cælum et terra, et voluntate Dei movetur et mutatur; Quia in manu ejus sunt omnes fines terræ. »

da hace por sí misma: sin mas naturaleza, sin mas formas, sin mas calidades que las que el Espíritu de Dios le ha comunicado; sin mas leyes que las que plugo darle al supremo Artífice: *Et spiritu oris ejus omnis virtus eorum*. Al mismo tiempo nos anuncia que, en la virtud que el soplo divino comunicó á la materia, residen el principio y la razon de todo agente, del calor y electricidad, de la pesadez y el movimiento, de la atraccion y la repulsion, de la elasticidad y la rigidez, de las simpatías y las actividades, de todas las propiedades de los elementos, todas las calidades de los cuerpos, de todas las modificaciones de la sustancia, de todas las sustancias de los seres, de toda operacion de la naturaleza, de todo resultado, de toda causa física, de todo efecto. Lo cual equivale á decirnos que este arreglo tan maravilloso y tan perfecto del universo, nada debe al torbellino de los átomos, ni al choque ó roce de los planetas, ni á las combinaciones ciegas del acaso; sino que todo ha sido pensado, determinado, criado, establecido, fijado por Dios; todo es efecto del poder, de la sabiduría, del amor de Dios, pues todo eso solo existe por la energia del Padre, la fecundidad del Verbo, el soplo del Espíritu Santo: *Verbo Domini celi firmati sunt; et spiritu oris ejus omnibus virtus eorum*.

15. Por último, por este grande y bello pensamiento del profeta, podemos explicarnos la no menos grande y hermosa idea del San Pablo: « En Dios tenemos la existencia, el movimiento y la vida: *In ipso enim vivimus, movemur et sumus*. Pero esta palabra de San Pablo, profundamente filosófica es aun mas edificante.

Las causas criadas solo subsisten en virtud de las causas que las han producido. Cuando la causa da el *ser*, y no meramente un *modo de ser*, es necesario que esta causa esté siempre presente, y que continúe incesantemente su accion comunicativa del *ser*; y si así no fuese, el efecto que habia empezado á producir cesaria al instante mismo como si nunca hubiese sido producido.

En efecto, la cosa que no tiene el ser *por sí* desde el principio, tampoco lo tiene en los instantes sucesivos de su existencia, y necesita que el que le dió el ser la primera vez continúe á darselo siempre, sin cuya condicion cesaria de existir

En vano estará alumbrado un aposento durante siglos enteros; apenas cesará de obrar el cuerpo luminoso, reinarán las tinieblas. En vano resonará incesantemente un ruidoso repique en una ciudad; apenas quedarán inmóviles las campanas, se restablecerá el silencio. En vano, durante años enteros, arrastrará carros numerosos el vapor; apenas quedará apagado el hogar que el vapor entretenía, quedarán inmóviles los carros como si nunca hubiesen recibido movimiento. ¿Y por qué? Porque la luz que alumbraba, las campanas que repicaban, el vapor que los carros arrastraba, son la causa por la cual la luz es, el sonido es, el movimiento es; y, cesando esta causa, cesa necesariamente todo efecto.

Ahora bien, siendo Dios EL QUE ES, él que el ser comunica, la causa primera del ser en todo lo que no es él; síguese que, si retira á sus criaturas su acción comunicativa del ser, no hay ser para ellas, y resulta la nada.

Peró el ser solo es dado por creación, pues *criar es dar el ser*. Dado por creación, solo puede ser conservado por la continuidad de la acción creatriz. Así la acción creatriz de Dios es muy diferente de la acción *formatriz* del hombre; pues, si este hace una estatua, ó una obra cualquiera, la acción y la estatua subsisten sin él. ¿Y por qué? Porque, al hacer el hombre una cosa ú otra, no hace más que dar *formas* diferentes á la materia; pero no *cria* á esta ni le da el *ser*; al paso que, como Dios ha *criado* á los seres y les da ha dado el *ser*, ningún ser criado puede continuar á existir sin Dios. En efecto, como ningún ser criado, posee por sí mismo el *ser*, y solo lo goza por EL QUE ES, no puede conservarse en su existencia sino por la continuación de la acción creatriz en él, por una serie no interrumpida de creaciones nuevas de todos los instantes; y, por este motivo, dice Santo Tomás, la conservación de los seres es una creación continuada por la acción del ser increado: *Conservatio est continuata creatio*. Pero que el *movimiento* y la *vida* son tan un solo un modo de ser de lo que es; luego el movimiento y la vida suponen el *ser*. No hay vida ni movimiento sin el *ser*. Y, como recibimos el *ser* de Dios mismo, recibimos igualmente de Dios el *movimiento* y la *vida*; y, como en Dios *somos*, del mismo modo *obramos* y *vivimos* en Dios. Tal es la profunda filosofía que

contienen estas palabras de San Pablo: *In ipso vivimus, movemur et sumus*.

Así somos edificios cuyo fundamento está en Dios, árboles cuyas raíces están en Dios, efectos que tienen en Dios su causa primera, su causa necesaria, su causa continua, incesante, inseparable. Teniendo como tenemos el ser, *somos* nosotros mismos; pero no *por nosotros mismos, no en nosotros mismos*; sino en Dios, por Dios y con Dios; y si Dios se retira de nosotros, se desmorona el edificio de nuestra existencia; se seca el árbol de nuestra vida, cesa la causa de nuestros movimientos. Así nuestra vida, nuestros movimientos, nuestro ser, son un prodigio no interrumpido del poder de AQUEL QUE ES POR SÍ MISMO Y EN SÍ MISMO, un don continuo de su misericordia, una limosna incesante de su caridad: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Y, cuando olvidamos á Dios, cuando desconocemos á Dios, cuando atropellamos los dogmas de Dios, sus leyes, su culto, su religion, somos á la vez monstruos de ingratitud y prodigios de estupidez; pues ¿qué hacemos al entregarnos al desórden? Seres ruines, mezquinos, pobres insectos de un dia, sin mas herencia propia que la nada, y el mal que es peor que la nada, nos jactamos de ser fuertes, valientes, dice Job, contra la omnipotencia de AQUEL QUE ES, y solo por la cual somos: *Roboratus es contra omnipotentem*; nos rebelamos contra aquel de quien depende nuestra vida, nuestra acción, nuestro ser, de un modo mas íntimo, mas necesario, que la luz depende del sol y el calor del fuego: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Resistimos á aquel á quien basta tan solo el soplar para hacernos desaparecer, y retirar su mano para precipitarnos en la nada. ¿Qué arguye todo eso sino el colmo de la locura, de la ingratitud é impiedad?

Por lo que me concierne personalmente, hermanos míos, — y me lisonjeo que, como verdaderos cristianos, y espíritus rectos y prudentes, abrigais los mismos sentimientos y las mismas ideas, — por lo que á mí me concierne personalmente, os diré, hermanos míos, que, ufano del título de siervo de Dios, y, lo que es mayor honra, ufano de la dicha que me cabe de ser, aunque indigno, uno de sus ministros, confieso y declaro que pongo mi gloria en revelar la gloria de Dios; mi grandeza en anunciar sus grandezas; mi ciencia en pene-

trarme de su ciencia, mi dicha en aspirar á ser por él dichoso; mis delicias en extasiarme en la contemplacion de sus perfecciones, profundizar sus misterios, explicar sus leyes, publicar sus maravillas, predicar sus misericordias, vivir para él, en él y por él, por la inteligencia y el amor, no menos, que por condicion de mi naturaleza y necesidad de mi ser : *In ipso vivimus, movemur et sumus.*

¿Qué decis, hermanos míos, de todo eso? ¿No veis en ello la filosofía, la filosofía mas elevada, la filosofía del espíritu á la vez y del corazón, de la razón y del amor, y por consiguiente la verdadera filosofía? Pues, según el mismo Platon, la verdadera filosofía es el conocimiento y amor de Dios.

Y sin embargo no pasa lo dicho de un ligerísimo bosquejo, de una débil muestra de lo que contiene el dogma de la creación. Véamos ahora como y por qué esta misma revelación es y no puede menos de ser la verdad. Tal será el objeto de mi última parte.

TERCERA PARTE.

16. La negación supone siempre la afirmación, como la culpabilidad supone la inocencia, la dolencia la salud, la muerte la vida. Así como solo el ser vivo puede morir, solo el ser sano puede enfermar, solo lo inocente puede delinquir; del mismo modo solo lo afirmado puede ser negado. Y esto basta para que comprendais, hermanos míos, que con sobrada razón se ha dicho que el error no es mas que la negación de una verdad ya conocida, de una verdad recibida, de una verdad atestiguada. ¡Ah! la verdad sola es afirmativa, pues la verdad es el ser; y el error siempre es negativo como la nada.

Así pues, para que la razón filosófica haya podido negar el dogma de la creación, es de toda necesidad admitir que este dogma era precedentemente conocido, precedentemente confesado entre los hombres. A la razón filosófica jamás se hubiera ocurrido el negar la creación del mundo *de la nada.*

alegando el principio que *nada sale de nada*, si no hubiese encontrado ya hombres que creían como una verdad, como un dogma religioso, que el mundo fue criado de la nada.

En el libro mas antiguo del mundo, la Escritura sagrada, parte de la cual remonta nada menos que á veinte siglos antes de Jesucristo, se halla este dogma presentado, como ya hemos visto, en los términos mas explícitos, mas formales, como verdad incontestable é incontestada, tan antigua como el mundo. Así, antes que pensase la razón filosófica en indagar el origen del mundo, antes de la existencia de toda filosofía, hubo en el mundo hombres que afirmaron por escrito, y por consiguiente que supieron ó creyeron saber, que el mundo fue *criado* por Dios, esto es, *sacado de la nada.*

Ahora bien, estos hombres que afirmaron, que creyeron doctrina semejante, ¿pudieron, sí ó no, inventarla? Ahí está toda la cuestión. Pues si se demuestra que esos escritores, esos verdaderos filósofos no pudieron inventar el dogma de la creación, es evidente que fue enseñado. ¿Y quién les hubiera enseñado esta doctrina? Otros hombres; y estos otros hombres, no pudiendo tampoco inventarla, ¿de quién hubieran podido haber sabido dogma tan precioso sino del mismo Dios? Luego, si este dogma no fue ni pudo ser inventado en época alguna por los hombres, es evidente que les fue enseñado por Dios. Luego si este dogma ni fue ni pudo ser una concepción, una creación humana, resulta evidentemente que es una revelación divina, y por consiguiente la verdad.

A mí me parece, — y tal ha sido igualmente el parecer de los mas ínclitos varones del cristianismo, y tal lo será asimismo el de todas las personas sensatas á quienes constan las limitadas fuerzas y escasa capacidad de la razón humana; — á mí me parece, digo, que es imposible que un hombre, ni aun muchos hombres de genio, especulando y discurriendo juntos, y trabajando con el mismo fin, hayan podido llegar á inventar, por su sola la razón, el dogma de la creación tal como lo presentan los sagrados libros. ¿Y por qué? Por esto mismo que este dogma parece incomprensible; pues, como os lo he observado, al exponer el dogma augusto de la sacratísima Trinidad, la razón no inventa lo que la razón no comprende, lo que es superior á sus fuerzas, fuera de su alcance. Y tal es

cabalmente el dogma de la creacion. En efecto, siendo la creacion de la nada una idea infinita, nunca pudo ser concebida ni nacer en un espíritu finito.

Nosotros cristianos, así como lo hemos visto en nuestra última conferencia, que consideramos el dogma de la creacion como *posible, racional*, y al mismo tiempo *concebible*, podemos explicárnoslo y examinar las relaciones que guarda con los atributos del Ser infinito; podemos, mediante el discurso y los principios fundamentales de la razon, conocer sus razones, y concluir, con la mayor seguridad, que el mundo fue en realidad criado por Dios de la nada, sin que pudiese tener otro origen. Pero esta conviccion nos resulta de la *idea primera* de creacion semejante que nos ha sido dada por la revelacion divina. Sobre este fundamento sólido de la palabra de Dios, fácil ha sido construir un hermoso y magnífico edificio de demostraciones y pruebas, con que guarece la razon católica este divino dogma para ponerlo al abrigo de los vientos de toda doctrina humana. Nosotros cristianos podemos muy bien entrar en la grandeza del poder de Dios: *Introibo in potentias Domini*; pero este efecto debemos atribuirlo á que el mismo Dios, por su revelacion, nos ha abierto la puerta. Nosotros cristianos vemos con claridad el misterio de la creacion, el secreto de las obras de Dios; pero es porque la luz de su palabra, de su Verbo, nos ha precedido para alumbrar nuestra senda y dirigir nuestros pasos: *Lucerna pedibus meis Verbum sum, et lumen semitis meis*. (Psal. cxviii.)

De modo que, mediante la luz que en nosotros refleja Dios, podemos elevar nuestra débil mirada hasta su luz inaccesible, y penetrar en el misterio de sus obras: *In lumine tuo videmus lumen*. (Psal. xxxv.) Pero, sin esta revelacion precedente, sin este rayo de luz que nos ha dado la posibilidad de la creacion por la omnipotencia de Dios, imposible hubiera sido á la razon humana entregada á sí misma, formarse idea semejante. Nunca hubiera ocurrido al espíritu humano, ni aun siquiera hubiera llegado á sospechar la inteligencia del hombre, que el mundo nunca tuvo una causa material, un PRINCIPIO DE QUÉ, *principium ex quo*, y que salió de la nada, si Dios no hubiese sido el primero que enseñase al hombre esta inmensa verdad.

En virtud de la inefable facultad llamada *Intelecto agente*, y por la cual el alma humana se forma á sí misma las ideas, tiene el hombre la idea de *que no hay efecto sin causa*; y, apoyado en este principio, ha podido llegar la razon á concluir que el mundo, obra de tanto poder y tanta sabiduría, debió tambien tener una causa soberanamente poderosa y sabia. Pero basta entrar en sí mismo para convencerse que el espíritu humano, así como nos lo dice Santo Tomás, no se eleva á las ideas del orden intelectual sino por las fantasmas que le vienen del orden material, de modo que nada ve, en este suelo, sino por medio de fantasmas: *Intellectus humanus, in statu presentis vitæ nihil videt sine phantasmate*. (Passim.)

La historia de la filosofía nos ofrece una prueba sin réplica de esta posibilidad, al enseñarnos que, léjos de haber llegado á concebir la razon filosófica, ó meramente llegado á proponerse la idea de la creacion en los parajes en que era desconocida esta idea, siempre la ha negado, siempre se ha opuesto á ella, en los lugares en que era conocida, en que era creida. Cónstanos igualmente por la historia de la filosofía, que el mismo genio ha naufragado y sumidose miserablemente al tratar de esta misma idea; diganlos Platon y Aristóteles que, bajo este particular, deliran ni mas ni menos que los demás filósofos; y es lastimoso ver á esos dos ingenios cuyo vuelo fue el mas raudo y elevado á que cupo elevarse la razon aislada, opinar que Dios formó el mundo de una materia preexistente desde toda eternidad.

Por último, nos enseña la historia de la filosofía que la razon filosófica antigua y moderna, al querer, fuera de la revelacion divina y de las tradiciones, explicarse el origen del mundo, solo acertó á encontrar, como ya lo hemos visto, el *dualismo*, el *atomismo*, el *panteismo*, y, léjos de haber hallado la idea de la creacion solo, supo combatirla.

Así, si Moisés llegó á conocer el verdadero origen del mundo por creacion, no fue efecto de su propio espíritu, sino efecto de una luz superior. Esta idea sublime, esta profunda é inmensa verdad, no fue invencion de su razon, sino un destello de la razon divina.

Al trazarnos el magnífico capítulo de la creacion, no pa-

rece Moisés, observa San Ambrosio, un historiador que copia lo que lee, ó un filósofo que escribe lo que sueña, ó un alumno que repite lo que oye; sino un testigo ocular de la obra divina, pues no á la escuela de la humana sabiduría, sino á la escuela de la sabiduría divina acudió el profeta para expresarse en los términos que leemos en el sagrado texto. No descarriado el ánimo por vanos y falaces sistemas, sino iluminada la inteligencia por la grande idea que le dió el Altísimo de su Omnipotencia y de sí mismo, pudo Moisés empezar por estas sublimes palabras: « EN EL PRINCIPIO CRIÓ DIOS EL CIELO Y LA TIERRA (1). »

17. Pero la historia de la creacion no es solamente verdadera por las ideas que contiene, sino tambien por el lenguaje en que se halla formulada, lenguaje que evidentemente no es humano. Recapacitad de nuevo en la gran palabra: « Yo soy EL QUE SOY, » que, en cierto modo, es el prólogo de la historia de la creacion. ¿Cuándo hubiera podido el hombre expresarse así con respeto á Dios, si, bajo tal fórmula, no se hubiese Dios revelado á sí mismo?

Es verdad que el hombre tiene idea del *ser*; y esta idea es la base de su razon y de su lenguaje. Pensar y hablar es afirmar que una cosa *es* ó *no es*, y *de esta manera* y no *de otra*. Hablar es enunciar los estados diferentes, las condiciones varias, los matices múltiples del *ser*. Todo el lenguaje del hombre reside en el *verbo*. Mientras que el verbo no aparece en la frase, no hay frase sino palabras sin significacion, que nada dicen, que nada expresan, y todo es oscuro é ininteligible. En toda elocucion la luz la emite el *verbo*. No hay elocucion, no hay discuso sin verbo, y este no es otra cosa sino la expresion de la idea del *ser*. Pero esta grande idea del *ser*, sin la cual no hay razon ni palabra, el hombre la posee únicamente como préstamo, por concesion, por gracia. Esta idea es el reflejo de la inteligencia divina en su inteligencia; es el Verbo de la inteligencia increada que fulgura de un modo inefable en la inteligencia criada; es el Verbo de

(1) « Non in persuasione humanæ sapientiæ, nec in philosophiæ simulationibus disputationibus, sed in ostensione spiritus et virtutis, tamquam testis divini operis, ausus est dicere: IN PRINCIPIO CREAVIT DEUS CÆLUM ET TERRAM. »

Dios que produce el verbo del hombre, *é ilumina toda inteligencia que viene en este mundo*. Siendo pues espíritu finito, no teniendo la idea del ser en sí mismo, por sí mismo, el hombre no puede concebir el ser de un modo absoluto é infinito; ni consigue abrazar en toda latitud esta idea sin límites ni determinacion. Luego jamás pudo, por sí mismo, encerrar en una palabra esta idea inmensa, que abraza lo infinito; ni resumir en ella al mismo Dios. Desafío á todos los filósofos que comprenden el hombre, que se atrevan á afirmar de un modo serio que esta inmensa palabra pudo salir de la inteligencia del hombre. No, á tal altura no cupo llegar sola á ninguna inteligencia criada, ni penetrar tan íntimamente en el poder de Dios, ni sondearlo con tanta seguridad; no, á ninguna inteligencia criada cupo mirar así á la esencia infinita para comprender y decir que Dios es el *ser*, y que el *ser* es Dios.

Conocemos todas las definiciones que ha dado el hombre de Dios sin consultar al mismo Dios; y todas se reducen á circunlocuciones y perifrasis que, mas que lo que es, dicen lo que Dios no es; al paso que la fórmula algebráica « EL QUE ES, » encierra en una palabra la idea mas verdadera, la idea mas perfecta del Ser infinito. Y esta definicion de Dios á la cual nada se puede añadir sin menguarla, sin oscurecerla, circunscribirla, humanizarla, degradarla, en vez de volverla mas clara é imponente; esta definicion dijo, solo pudo ser pensada y pronunciada por el mismo Dios. Efectivamente, Dios solo podia decirnos lo que es; solo el *ser* que á sí mismo se conoce, podia afirmar que es *ser*, y ni mas ni menos que el *ser*. Dios solo pudo hablar así de sí mismo y definirse en tales términos. Así Moisés, como hombre que era, jamás pudo inventar esta definicion, ese nombre inimaginable, ininteligible de Dios; y era necesario que el Omnipotente mismo articulase por primera vez esta palabra, dignándose responder á su profeta que le preguntaba: « ¿Quién sois, Señor, y cómo os llamais? » Y revelándose al mundo en su verdadera magnificencia, en su verdadera gloria, dice Dios: « Y SOY EL QUE SOY. » Tu dirás á los hijos de Israel: EL QUE ES á vosotros me envia. » Luego, independientemente de otras pruebas, bastaria esta palabra para asegurarnos que ha hablado Dios; que la Escri-

tura sagrada es un libro inspirado, un libro divino escrito por mano humana, mas dictado por el mismo Dios; escrito en la tierra, pero á la luz del cielo.

Lo mismo hay que decir con respeto al primer versículo del Génesis, que la historia de la creacion empieza: « En el principio crió Dios el cielo y la tierra. »

¡Gran Dios! ¿qué libro humano llegó á ofrecer tanta filosofía, con tan poca retórica; tantos pensamientos, con tan pocas palabras; tanta gracia con tan poco artificio; tanta sublimidad, con tan tanta sencillez; tanta ciencia, con tal ausencia de pretencion?

Estilo semejante exhala un aroma celestial, y estas pocas palabras llevan el sello de la Divinidad. El hombre solo nunca pudo escribir así, porque nunca llegó á pensar así. El estilo de la Biblia ofrece algo que no es de este mundo, un color celestial, un barniz divino.

¿Hubiera trazado en estos términos un historiador profano la historia de la creacion del mundo? No: un historiador profano se hubiera esforzado en apoyar su narracion con documentos, en demostrarla por razonamientos, en hacerla valer por autoridades. Un historiador profano hubiera sobre todo presentado los hechos de modo que lograsen favorable acogida de la razon y de la imaginacion, desterrando todo lo que está fuera del alcance de la razon, todo lo que á la razon amedrenta, indigna, escandaliza; todo lo que no alcanza la razon á comprender, todo lo que no alcanza á concebir. Efectivamente tal es el modo de proceder de todos aquellos que han escrito sobre el origen del mundo, fuera de la revelacion divina consignada en los sagrados Libros; dándonos, como dice el profeta rey, probabilidades mas ó menos temerarias, sistemas mas ó menos absurdos, poemas producidos por una imaginacion acalorada, novelas mas ó menos groseras, fábulas mas ó menos repugnantes; pero ni nos dieron, ni pudieron darnos la historia verdadera de la creacion, tal como nos la ofrece el LIBRO de la ley de Dios: *Narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua.* (Bal. cxiii.)

Muy distintamente procede el gran legislador de los Hebreos. Este varon insigne abre á los ojos del lector una perspectiva interminable de hechos maravillosos, admirables, sin

apoyarlos en razonamientos, ni pruebas, sin agregar comentarios, sin invocar autoridades; y, con esto solo se declara, indica y prueba que escribe bajo la palabra de la *Sapientia* divina, confiado en la luz celestial que lo alumbraba, reposando tranquilo en la palabra divina que oye, lleno de confianza en el soplo sobrenatural que lo inspira, cierto de la verdad que anuncia, lleno de la fuerza de la autoridad que le da Dios, y parece que nos dice: En verdad oí, en verdad oí al Señor; y esto es lo que me mando que os dijera: En el nombre de ese Dios tan infalible como poderoso, así es; creed: *Vidi Dominum, et hæc dixit mihi.*

18. Tengo la ventaja de hablar aquí á un auditorio escogido, á personas de talento y de corazon, á nobles inteligencias, á almas elevadas. Todo lo mayor, todo lo mas sublime que, en materia de filosofía ó literatura, ha producido el ingenio humano, les es conocido, les es familiar. Pues bien, estoy seguro que ninguno de mis oyentes podrá citarme obra alguna concebida en cabeza humana y escrita por mano percedera, que pueda, ni aun á distancia, ser comparada á la elevada sencillez, facilidad profunda, ingenuidad sublime de las palabras sagradas que acabo de explicarles, por las cuales nos ha sido revelado el dogma de la creacion.

Dícese que el estilo es el hombre, y nada es mas cierto. Pero observad de un modo atento, examinad sin prevencion, juzgad sin fanatismo lo que en vosotros excita los sentimientos de admiracion y placer; y ¿qué vereis lo mas á menudo? Metaforas felices, palabras bien ordenadas, giros elegantes, destellos de imaginacion, frases sonoras, locuciones llenas de gala y donaire; pero al mismo tiempo, es preciso confesarlo, para una inteligencia sólida, para un gusto experto, para un olfato delicado, todo huele á arte, á ingenio limado, á dificultad vencida. Seria necesario ver durante su trabajo á muchos de los mas encomiados escritores, para cerciorarse de cuanta paciencia, cuanta pena, cuanto tiempo, cuanta tinta, cuanto papel, les han costado las producciones que mas espontaneidad y fluidez ofrecen, y el arte que les fue necesario para ocultar su arte. En esos escritos tan admirables y tan admirados, chispea el ingenio mas que la verdad; y la vacuidad del fondo tapizan la delicadeza, la elegancia, la gracia de

las formas. Al leer tantas páginas ponderadas, no podemos menos de conceptuar á sus autores artistas que se esfuerzan en encarecer por el garbo y parte ornamentaria la banalidad de los pensamientos. ¡Cuántos escritores ensalzados, si despreocupado y atentamente se les examina, ofrecen el espectáculo de la pobreza acicalada con lentejuelas y oropeles para ostentar la opulencia, ó de la fealdad cubierta de afeites para simular la hermosura! En efecto vemos á una inteligencia, impotente esforzándose, por pequeños medios, para darse importancia, y, cubrir por el prestigio de las palabras el defecto de la grandeza de las ideas. Nada es mas cierto que este aforismo: el estilo es el hombre.

Pero, en los pasajes de la Biblia que acabo de citaros, veis el estilo de la magnificencia y majestad; veis la grandeza de las cosas dar realce á la vulgaridad de las palabras, y lo sublime del pensamiento elevar la sencillez de la expresion.

Al leer Virgilio, experimento un placer; al leer Platon, admiro; pero al leer Moisés, adoro. Al leer los autores profanos encuentro no poco ingenio, pero á menudo pedanteria; pero en Moisés la verdadera *sabiduria*. Al leer los autores profanos creó oír á alumnos; al leer á Moisés, oír al maestro. El lenguaje de aquellos es terrestre, el de estos celestial. Los autores profanos hablan como hombres, mas el caudillo hebreo profiere la palabra de Dios.

¿Qué filósofo, qué poeta hubiera podido imaginar palabras tan profundas, giros tan dichosos, frases tan enérgicas, locuciones tan nuevas, tan felices, como las que nos ofrece la historia de la creacion trazada por Moisés, cuya significacion es inmensa, el ámbito sublime, la grandeza infinita?

No, nunca pudo hablar así el hombre... Mas me engaño: el mismo estilo presentan, como ya hemos visto, todos los escritores sagrados, todos los profetas, todos los evangelistas; á todos iluminó la misma luz y movió la misma inspiracion superior; todos fueron discípulos del mismo preceptor, y amanuenses que escribieron bajo la palabra dictada por el Espíritu de Dios.

Convenid, en vista de todo eso, vosotros que conoceis el estilo del hombre, que el estilo de Moisés y demás escritores sagrados solo puede ser el estilo de Dios; que el Altísimo es-

cogió historiadores dignos de su suprema esencia, y que la obra del Omnipotente se halla contada en un estilo divino.

Pero si el estilo es divino, lo es igualmente y de toda necesidad el pensamiento, pues solo pensamientos divinos quiso Dios, podía Dios hacer encuadrar en un estilo divino. Estos pensamientos, así como el estilo que los expresa, de Dios son, por Dios fueron inspirados, por Dios sugeridos, son en cierto modo el mismo Dios; y por consiguiente solo pueden ser la verdad.

Si alguno de vosotros no viese en el sagrado texto mas que el pensamiento del hombre, el lenguaje del hombre, muy triste idea me daría de sí mismo; y no solamente no sería cristiano, sino tampoco literato ni filósofo, pues caería en un error grosero al tomar la filosofía y estilo de Dios por la filosofía del hombre, por el estilo del hombre. Con harto sentimiento mio me vería obligado á considerarlo como uno de esos seres desgraciados en quienes el orgullo y los deleites embotaron todo sentido espiritual, todo sentido moral, ese olor del alma que husmea, digámoslo así, á Dios, que lo huele desde lejos, que á él acude para no separarse de su presencia, y vivir de él y con él. — Me vería obligado á considerarlo como una de esas inteligencias ignorantes y groseras, que no ven mas que materia donde solo reside el espíritu, y al hombre en vez de Dios. Me vería obligado á decirle, según los mismos Libros sagrados, no solamente que es un ateo en religion, sino tambien un sofista en filosofía, un pedante en literatura, y, en cuanto á inteligencia, un bruto sin inteligencia: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (Psal. xxxi). *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei* (1. Corinth., ii).

¿Y cómo podrá un ser racional renunciar al esplendor magnífico de la fe, para caer á un grado tan inferior en la gerarquía de los seres? ¿No vale mas continuar á ser lo que Dios nos hizo, esto es hombres, permaneciendo sincera y constantemente cristianos? Así sea.